

Hugo Bouter

El crecimiento espiritual en los cánticos de los peregrinos, o Cánticos de las Ascensiones

Salmos 130 a 134

«Contigo hay perdón, para que seas temido.»

Salmo 130:4

De lo profundo

En los cánticos de los peregrinos, o cánticos de las ascensiones, vemos cómo Dios, poco a poco y paso a paso, lleva a cabo la redención de su pueblo. En primer lugar, se trata de la liberación exterior de los adversarios y del regreso a Sion, el lugar donde Dios ha hecho habitar Su nombre. Esto también conlleva una redención interior y un conocimiento acrecentado de Dios y de Su voluntad. Lo vemos especialmente en los últimos cánticos, en los Salmos 130 a 134, que estudiaremos ahora. El crecimiento espiritual que aquí se observa queda tipificado de la siguiente manera:

1. La conciencia del pecado y del perdón (Sal 130).
2. La paz con Dios (Sal 131).
3. La comunión con Dios en Su morada (Sal. 132).
4. La comunión mutua en la casa de Dios (Sal 133).
5. El culto en el santuario (Sal 134).

El punto de partida de nuestro crecimiento espiritual es el reconocimiento de que somos pecadores perdidos a la luz de la santidad de Dios. En el Salmo 130 oímos a alguien clamar desde lo más profundo de su necesidad: «Desde el abismo clamo a ti, Señor» (Sal 130,1). ¿Quién puede existir ante un Dios santo, cuando se acuerda de nuestras iniquidades y quiere retribuirnos según las transgresiones que cometemos?

«Pero contigo hay perdón, para que seas temido». Esta es la gloriosa respuesta a nuestra necesidad (Sal 130,3-4). Hay perdón en el Dios que debe juzgarnos, ante quien no podemos permanecer. Él concede este perdón gratuitamente en virtud de la obra expiatoria de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. ¿Cuál es el resultado práctico que se obtiene de ello? Que ahora soy un hijo de Dios, dispuesto a servirle y a caminar ante Él en novedad de vida. Espero Su ayuda y pongo toda mi confianza en Él.

Esto nos lleva a la siguiente etapa de nuestro crecimiento espiritual: hemos obtenido la paz con Dios, y también caminamos con la paz de Dios en nuestros corazones. En el Salmo 131, el poeta se muestra completamente tranquilo, como un niño que ha sido destetado del pecho de su madre. Todos sus deseos han sido satisfechos y es feliz en el Señor. En términos del Nuevo Testamento: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la que estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Ro 5,1-2). No hay nada más que pedir. Hemos recibido la paz con Dios y, además, la paz divina llena nuestros corazones y mentes (Fil 4,7).

En el santuario

La gran salvación que compartimos, sin embargo, tiene consecuencias no solo para nosotros, sino también para la comunidad de los creyentes. Si nos ponemos a pensarlo, constituye una etapa importante de nuestro crecimiento espiritual. Nuestra responsabilidad común como miembros de la iglesia, en las epístolas dirigidas a los corintios, viene precedida por la doctrina de la justificación del pecador en la epístola a los Romanos.

Este aspecto de nuestra redención se presenta en el Salmo 132. Dios mora en la tierra en medio de Sus santos, donde encuentra un lugar de reposo: «Levántate, Yahveh, a tu lugar de reposo, Tú y el arca de tu fortaleza» (Sal 132,8). Así que no solo nosotros encontramos descanso en Él, como vimos en el salmo anterior, sino que Dios encuentra un lugar de descanso en medio de todos los que le pertenecen.

Y debemos preparar este lugar al reunirnos en torno a Él en nuestras reuniones de asamblea, pues esto destaca aquí desde el punto de vista de nuestra responsabilidad. Así como David y el pueblo dieron al arca del pacto un lugar de honor en el monte Sion, nosotros debemos dar a Cristo el lugar que le corresponde en medio de los suyos. Ese es nuestro deber como creyentes. Y luego la bendición ulterior también depende de nuestra obediencia a la voluntad revelada de Dios, aunque únicamente la gracia sea el fundamento de nuestra fe (Sal 132,12-18).

Disfrutamos de la comunión con Dios en Su casa aquí, en la tierra. Como resultado – y esta es la cuestión que se toca en el Salmo 133 –, también perseveramos en la comunión unos con otros y convivimos como hermanos y hermanas. Formamos una familia sacerdotal bendecida desde lo alto. Para ello, el poeta utiliza el ejemplo del aceite de la unción, que desciende de la cabeza del sumo sacerdote por el borde de sus vestiduras (Sal 133,2). De este modo recibimos de Cristo, nuestra Cabeza en el cielo – y el Sumo Sacerdote de nuestra confesión –, la unción con el Espíritu Santo. El Cristo exaltado ha derramado Su Espíritu sobre la Iglesia. Esta bendición celestial también está representada por el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion (Sal 133,3). ¡Cuán estéril sería nuestra vida de fe sin la acción vigorizante y vivificante del Espíritu!

Todo esto nos lleva al punto álgido de nuestro crecimiento espiritual en el Salmo 134, en el que nos acercamos a Dios como adoradores en el santuario con ofrendas de alabanza y acción de gracias. Como familia sacerdotal, y siendo ricamente bendecidos por Dios, ¿no deseáramos acercarnos a Él y llevarle los sacrificios en los que se deleita? Y por ello mismo está Cristo en medio de nosotros, elevando el cántico de alabanza en medio de los redimidos (cf. Sal 22,22; He 2,12; 10,19-22; 13,15-16).

Es digno de mención el colofón: «... que de noche están en la casa de Yahveh» (Sal 134,1). Todavía es de noche en el mundo en que vivimos, el cual ha rechazado al Señor Jesús. Pero en el santuario de Dios hay luz: arde la luz del candelabro de oro. En la casa de Dios, la iglesia del Dios vivo, tenemos luz porque el Espíritu Santo mora y obra en ella. Dios es honrado por el pueblo que ha hecho suyo. Hay luz, mientras que el mundo sigue envuelto en tinieblas.

En el santuario, uno se da cuenta de que va a amanecer un nuevo día, que Cristo aparecerá como el Sol de justicia. Él establecerá Su gobierno en nombre del Dios Altísimo, y la bendición se extenderá desde Sion hasta los confines de la tierra (Sal 134,2-3). ¡Qué privilegio mostrar esta adoración ante Dios en el santuario celestial cuando todavía es de noche en este mundo! La adoración es el mayor privilegio que conocemos. Una vez éramos pecadores perdidos que clamaban a Dios desde lo más

profundo de nuestra necesidad. Pero Él nos ha hecho adoradores, con el fin de poder alabarle en las alturas del santuario. No lo olvidemos, ofrezcámosle siempre el canto de alabanza que Él es digno de recibir.

